

## La Mina de Arditurri en Oyarzun (Guipúzcoa)

POR ISAAC LOPEZ-MENDIZABAL

Hay en Guipúzcoa una montaña que tiene una personalidad destacada sobre las demás, y es la llamada «Aiako arria», la conocida «Peña de Aya». Las guías extranjeras de turismo suelen llamarle «la Peña de las tres coronas». En realidad, ciertamente, en su cima se destacan tres grandes mamelones de los cuales, el central, que es el más destacado, es conocido con el nombre de «Txurumuru».

Esta montaña, por esas características, llama poderosamente la atención del que la ve, y de ella guarda siempre el reflejo de su imagen.

Esta montaña, a su vez, tiene una cualidad digna de notarse. Es la montaña más antigua de Guipúzcoa pues, procede, de la época a la que pertenecen las moles graníticas, mientras que las demás montañas de nuestro país, son posteriores y sedimentarias de los períodos jurásico y cretáceo.

Tiene, finalmente, esta montaña, una particularidad muy digna de notarse, y es que en sus entrañas se labró hace unos dos mil años una famosa mina en tiempo de los romanos, conocida hoy con el nombre de «Mina de Arditurri».

La primera referencia histórica que de ella poseemos nos la da Strabon en su «Geographica», al citar la vía que saliendo de Tarraco (Tarragona), pasaba por Pompaelo (Pamplona), y llegaba hasta el poblado de Oiasso situada sobre el mar. Evidentemente, se refería, el famoso historiador nacido en Asia Menor y que escribía en griego, a la que hoy conocemos como «Mina de Arditurri».

La cita que da del poblado de Oiasso, aparece en algún historiador en la forma «Olarso» y también «Oiarso», y aunque, Strabon la califica con la palabra «polin» hoy empleada como equivalente a ciudad o villa de importancia, y de ella han venido política, policía y demás derivados, el poblado citado no constituyó, realmente, una población de importancia, pues no ha aparecido de ella, ni el menor rastro. Su importancia fue, pues, derivada de la explotación de una mina al pie de la montaña citada, y la cual debió producir gran cantidad de mineral, pues las galerías que aún subsisten alcanzan a una longitud aproximada de unos 18 kms., según lo estudió el reputado ingeniero de minas y respetable amigo mío, don Francisco Gascue, de la Real Compañía Asturiana, que luego explotó también, parte de esa mina. El mineral extraído en la época romana debió ser, en gran parte, carbonato de hierro y plomo.

La vía romana desde Pamplona a Oyarzun debió venir pasando el puerto de Belate, siguiendo luego la cuenca del río Bidasoa hasta llegar cerca de Irún desde

donde llegaría al pie de la montaña. El mineral transportado en carros sería, pues, dirigido a Tarragona donde embarcaría para Roma.

¿Quiénes fueron los que trabajaron en dicha mina? Una breve ojeada en la Historia nos lo pondrá en claro. El año 56 a. de C., deseando Julio César dominar a los galos que ocupaban parte de la actual Francia, emprendió una guerra contra ellos que terminó el año 54 con la conquista de ese país y también con la de la Aquitania, región comprendida entre el río Garona y los Pirineos, y contigua al País Vasco septentrional. Esta guerra, se repitió el año 38-37 pues los aquitanos se sublevaron hasta que el general Metelo se sometió. No duró mucho este dominio pues el 28-27 a. de C. se sublevaron los aquitanos de la tribu de los Tarbelli que, al fin, fueron sometidos por el general Agrippa.

Los numerosos prisioneros que habían hecho los romanos durante esas guerras, los aprovecharon para trabajar las minas de Oiasso, al pie de la Peña de Aya, los cuales vivirían en pobres chozas, y aún muchos de ellos se cobijarían en las mismas galerías por ellos abiertas a fuerza de picos en aquellas masas de duro granito.

Todo esto explicaría, perfectamente, la gran cantidad de trabajo realizado sin pago alguno de obreros mineros cuya gran parte formaría el poblado situado entre la Peña y el mar sobre la bahía que llevó el nombre de Puerto de Oyarzun y se ve en muchos mapas de los siglos XVI y XVII, aunque hoy se le llame Puerto de Pasajes.

No tomarían parte, seguramente, en esa labor minera, los habitantes del país, en primer lugar porque los vascos estuvieron siempre en paz con los romanos, sin que hubiese jamás, entre ellos, contienda alguna, ni presión sobre ellos, y en segundo lugar, porque en aquellos tiempos, no serían competentes en la extracción de minerales, en cuya labor se habían distinguido ya los aquitanos, según nos cuenta el propio Julio César en sus «Comentarios a la guerra de la Galias».

En Guipúzcoa no ha aparecido, hasta ahora, ninguna lápida de inscripción romana, pues, la descubierta en esta zona minera, y no lejos de Oyarzun, es, indudablemente, de procedencia aquitana. Digamos, primeramente, que al sitio donde apareció le llamó algún «erudito de pega», Andre-arriaga, que sería textualmente traducida, «piedra de la mujer», siendo así, que el nombre antiguo de ese lugar debió ser el de «Adurriaga» o «Andurriaga». Pero inmediatamente vino la fantasía a forjar una leyenda, pues al P. F. Fita, a quien conocí personalmente hace muchos años, y gozaba de gran reputación como epigrafista, debieron darle falsos datos en los que se leían varias líneas en latín, todo lo cual es incierto completamente, pues la inscripción consta tan sólo de una sola palabra. AEBELTESO o algo semejante, pues por hallarse gastada la piedra, no es fácil interpretarla.

Don Telesforo de Aranzadi, el sabio prehistoriador, recién descubierta la lápida, calcó con paciencia la inscripción o nombre personal al parecer que se ve en ella, de cuyo calco hizo referencia en la revista «Euskal-erria», de San Sebastián.

La palabra citada no es, pues, latina, y tiene todo el aspecto de ser aquitana, lo cual nos demostraría que era tallada por un minero en recuerdo de algún amigo fallecido.

Encima de la inscripción aparece una figura humana muy tosca, que mira de frente, y se halla junto a un caballo o animal semejante, pero todo ello tan toscamente ejecutado que revela un autor sin ninguna preparación artística.

El P. Félix López del Vallado, S. J., en la página 839, del tomo «Provincias Vascongadas» de la «Geografía del País Vasco-Navarro», examina esta lápida y da su parecer, bien poco halagüeño sobre el insignificante valor artístico del mismo. Es, pues, simplemente una fantasía cuanto se ha dicho que representaba o estaba dedicada a la mujer del César, y nos parece, tan solo, un triste recuerdo dedicado a algún minero fallecido en la dura labor que ejecutaron al pie de nuestra pintoresca «Peña de Aya».

He solido subir varias veces a la cumbre de esta montaña, desde la cual se ve un panorama encantador, ya se dirija la vista hacia la costa de Hendaya, San Juan de Luz, Biarritz, y Bayona, o ya hacia la cuenca del Bidasoa que se halla a sus pies, teniendo a la izquierda la zona de San Sebastián, Orío, Zumaya, Zaraus, hacia el cabo Matxitxako. Hace bastantes años quise visitar la entrada de la la mina y sus alrededores. Me acompañaba en la excursión mi buen amigo el oyarzuarra J. Oñatibia. Era una tarde muy calurosa y hasta presagiaba próximo temporal, y así sucedió, pues cuando nos hallábamos ya cerca del final, comenzó a tronar en forma tan fuerte acompañándose de gruesas gotas, que nos hicieron volver, rápidamente, a Oyarzun.

En el camino recordábamos que el año 1804 vino el ingeniero de minas francés M. Thalaker el cual entró a visitarla en compañía de uno del país. Entraron en ella y recorriendo varias galerías, pero se les acabaron las velas que llevaban. Su apuro fue muy grande, y aunque tantearon con cuidado para ver si hallaban salida, no pudieron salir hasta que siguiendo una pequeña corriente de aire respiraron al fin en la entrada de la mina, a las 11 de la noche después de un día interminable, lleno de angustia.

A los aficionados a la montaña les recomiendo la subida a esta Peña de Aya, de preciosa y característica silueta, pero, en cambio, no les recomiendo se aventuren a correr el riesgo del ingeniero Thalaker para no llevar, como él, un recuerdo amargo de la expedición.